

LA FUNCION SOCIAL DEL HISTORIADOR

Enrique Florescano

‘No hay, pues, más que una ciencia de los hombres en el tiempo (la historia), y esa ciencia tiene necesidad de unir el estudio de los muertos con los vivos’.
Marc Bloch, *Introducción a la historia*. México, FCE, 1952. p. 40.

A diferencia del científico, que en el siglo XIX fue ungido con el aura del genio solitario, desde los tiempos más antiguos el historiador se ha pensado un creador condicionado por su grupo social. Conoce el oficio gracias al aprendizaje rutinario con sus profesores. Se ejercita en la disciplina leyendo los modelos que le heredaron sus antepasados. Descubre los secretos del arte gracias al análisis que hace de la producción de sus colegas y a la lectura de las obras maestras.

Los desafíos que le imponen sus compañeros de generación, y actualmente la ineludible competencia que padece, son los incentivos que lo inducen

* Texto de la conferencia dictada en la Escuela de Historia de la Universidad Michoacana el 20 de octubre de 1994.

a superarse. Es decir, desde que elige su vocación hasta que aprende a encauzarla, está rodeado de condicionantes sociales inescapables. De una parte, es un producto social, un resultado de diversas acciones colectivas; y de otra, un individuo acuciado por el deseo de superar herencias del pasado y de renovar su oficio a partir de los desafíos que le impone su presente.

Si pudiéramos transportarnos a los distintos tiempos del pasado, y recoger de ahí las imágenes que mostraran las funciones que nuestros antecesores le asignaron al rescate del pasado, veríamos que las tareas de la historia han sido variadas. También se podría advertir que esas tareas se concentraron en el propósito de dotar a las agrupaciones humanas de identidad, cohesión y sentido colectivo.

Desde los tiempos más antiguos, los pueblos que habitaron el territorio que hoy llamamos México acudieron a la recordación del pasado para combatir el paso destructivo del tiempo sobre las fundaciones humanas; para tejer solidaridades asentadas en orígenes comunes; para legitimar la posesión de un territorio; para afirmar identidades arraigadas en tradiciones remotas; para sancionar el poder establecido; para respaldar con el prestigio del pasado vindicaciones del presente; para fundamentar en un pasado compartido la aspiración de construir una nación; o para darle sustento a proyectos disparados hacia la incertidumbre del futuro.

En todos esos casos, la función de la recordación histórica es la de dotar de identidad a la diversidad de seres humanos que formaban la tribu, el pueblo, la patria o la nación. La recuperación del pasado tenía por fin crear valores sociales compartidos, infundir la idea de que el grupo o la nación tuvieron un origen común, inculcar la convicción de que la similitud de orígenes le otorgaba cohesión a los diversos miembros del conjunto social para enfrentar las dificultades del presente y confianza para asumir los retos del porvenir.

Dotar a un pueblo o a una nación de un pasado común, y fundar en ese origen remoto una identidad colectiva, es quizá la más antigua y la más constante función social de la historia. Se inventó hace mucho tiempo y sigue vigente hoy día. Como dice John Updike, el historiador sigue siendo el especialista de la tribu que tiene el cargo de contarle a los demás lo que todo grupo necesita saber: “¿Quiénes somos? ¿Cuáles fueron nuestros orígenes?”

¿Quiénes fueron nuestros antepasados? ¿Cómo llegamos a este punto o a esta encrucijada de la historia?"¹

Esta función primordial explica el atractivo tan grande que tiene el relato histórico y su audiencia vasta, diversa y continuamente renovada. Atrae al común de la gente y al curioso porque el relato histórico los transporta al misterioso lugar de los orígenes, y tiene la seducción de un viaje a lugares remotos. La narración histórica tiene el atractivo de pretender esclarecernos los comienzos del grupo y acercarnos a nuestros ancestros, y de este modo tiende un puente entre el pasado remoto y el presente incierto. En este sentido, el relato histórico cumple la función de crear una relación de parentesco con los antepasados próximos y lejanos, y un sentimiento de continuidad en el interior del grupo, el pueblo o la nación.

Pero si por una parte la historia nos hace adentrarnos en las identidades del grupo y en la búsqueda de lo propio, por otra nos obliga a registrar la diversidad de la experiencia humana, nos abre al reconocimiento del otro, y en esa medida nos hace partícipes de experiencias no vividas pero con las cuales nos identificamos y formamos nuestra idea de la pluralidad de la aventura humana.

Para el estudioso de la historia, la inmersión en el pasado es un encuentro constantemente asombrado con formas de vida distintas, marcadas por la influencia de diversos medios naturales y culturales.

Por esos rasgos peculiares del conocimiento histórico, a la práctica de la historia puede llamársele el oficio de la comprensión. Obliga a un ejercicio de comprensión de las acciones y motivaciones de seres humanos diferentes a nosotros. Y como esta tarea se practica con grupos y personas que ya no están presentes, es también un ejercicio de comprensión de lo extraño.

Podemos decir entonces, que estudiar el pasado supone una apertura a otros seres humanos. Nos obliga a trasladarnos a otros tiempos, a conocer lugares nunca vistos antes, a familiarizarnos con condiciones de vida diferentes a las propias. Dicho con otras palabras, el oficio de historiador exige una curiosidad hacia el conocimiento del otro, una disposición para el asombro, una apertura a lo diferente, y una práctica de la tolerancia.

1. John Updike. "El escritor como conferenciante". *La Jornada Semanal*, México, 19 de febrero de 1989.

Es verdad que no todos los historiadores tenemos las cualidades de la simpatía y la disposición hacia lo extraño, pero el conjunto de los practicantes de este oficio, y algunos de sus maestros más distinguidos, nos muestran el oficio de historiador, cuando se ejerce con probidad, es una apertura a la comprensión y una disposición hacia lo extraño y remoto.

Al mismo tiempo que la imaginación histórica se esfuerza por revivir lo que ha desaparecido, por darle permanencia a lo que poco a poco se desvanece, por otro lado es una indagación sobre la transformación ineluctable de las vidas individuales, los grupos, las sociedades y los Estados. La historia, se ha dicho, es el estudio del cambio de los individuos y las sociedades en el tiempo.

Buen número de los instrumentos que ha desarrollado el historiador para comprender el pasado son detectores del cambio y la transformación. Estudiamos el cambio instantáneo y casi imperceptible que el paso de los días provoca en nuestras vidas. Analizamos los impactos formidables que provocan las conquistas, las revoluciones y las explosiones políticas y sociales que desplazan a etnias, clases, pueblos y naciones. Y asimismo hemos creado métodos refinados para estudiar los cambios lentos que a través de cientos y miles de años transforman la geografía, las estructuras económicas, las mentalidades o las instituciones.

Gracias al análisis de esos diversos momentos de la temporalidad, el estudio de la historia nos ha impuesto la carga de vivir conscientemente la brevedad de la existencia individual, la conciencia de que nuestros actos de hoy se apoyan en el experiencia del pasado y se prolongarán en el futuro, y la convicción de que formamos parte del gran flujo de la historia, de una corriente mayor por la que transitan las naciones, las civilizaciones y el conjunto de la especie humana.

Por otra parte, cuando la investigación histórica analiza los diversos hechos ocurridos en el pasado, se obliga a considerar cada uno de ellos según sus propios valores, que son precisamente los valores del tiempo y el lugar donde esos hechos ocurrieron. Al proceder con este criterio de autenticidad, el historiador les otorga a esas experiencias una significación propia y un valor duradero. De este modo, la historia viene a ser el instrumento por medio del cual los hechos del pasado adquieren un significado singular dentro del desarrollo humano general. Por esa vía las experiencias individuales y los

actos nacidos de la intimidad más recóndita, se convierten en testimonios imperecederos, en huellas humanas que no envejecen ni pierden valor por el paso del tiempo.

Hace siglos, al observar esta característica de la recuperación histórica, el humanista Marsilio Ficino escribió: “La historia es necesaria, no sólo para hacer agradable la vida, sino también para conferir a ésta un sentido moral. Lo que es en sí mortal, a través de la historia conquista la inmortalidad; lo que se halla ausente deviene presente; lo viejo se rejuvenece”.²

Por otro lado, la incesante revisión que hace la historia de los asuntos que más obsesionan a los seres humanos, los relativiza, los despoja del sentido absoluto que un día tuvieron. Contra las pretensiones absolutistas de quienes abogan por una sola Iglesia, un Estado absoluto o un orden social único para toda la humanidad, la historia muestra, con la fuerza de la experiencia humana, la historia muestra, con la fuerza de la experiencia humana, que nada de lo que ha existido en el desarrollo social es definitivo ni puede aspirar a ser eterno. La historia, advierte Hornung, “inexorablemente destruye todos los valores ‘eternos’ y ‘absolutos’ y demuestra la relatividad de los referentes absolutos que nos esforzamos por establecer”.³

Otra importante función social que cumple la historia proviene de los hábitos establecidos por sus propios practicantes. En los dos últimos siglos, pero sobre todo en el que ésta por terminar, el estudio de la historia se convirtió, más que en una recordación del pasado, en un análisis de los procesos del desarrollo humano, en una reconstrucción crítica del pasado. Como ha dicho Marc Bloch, “El verdadero progreso surgió el día en que la duda se hizo examinadora -como decía Volney-; cuando las reglas objetivas, para decirlo en otros términos, elaboraron poco a poco la manera de escoger entre la mentira y la verdad”.⁴

A través del examen cuidadoso de los vestigios históricos, sometiendo los testimonios a pruebas rigurosas de veracidad y autenticidad, y atendiendo más al cómo y al por qué ocurrieron así los hechos, el relato histórico se transformó en un saber crítico, en un conocimiento positivo de la experiencia

2. Citado por Erwin Panofsky. *El significado en las artes visuales*, pp. 38-39.

3. Erik Hornung. *Les dieux de l’Égypte*. París, Flammarion, 1992, p. 233.

4. Marc Bloch. *Op. Cit.* p. 66

humana. La investigación histórica estableció entonces la regla que dice que “una afirmación no tiene derecho a producirse sino a condición de poder ser comprobada”, y nos advirtió que “de todos los venenos capaces de viciar un testimonio, la impostura es el más violento”.

En la medida en que el historiador puso mayor cuidado en la crítica y selección de sus fuentes, mejoró sus métodos de análisis y adquirió las técnicas de las ciencias y las disciplinas humanistas, en esa misma medida se transformó en un impugnador de las concepciones del desarrollo histórico fundadas en los mitos, la religión, los héroes providenciales, los nacionalismos y las ideologías de cualquier signo. De este modo, en lugar de buscarle un sentido trascendente a los actos humanos, de legitimar el poder o de ponerse al servicio de las ideologías, la práctica de la historia se convirtió en un ejercicio crítico y desmistificador, en una “empresa razonada de análisis”, como decía Marc Bloch.⁵

Presionada por estas demandas, la investigación histórica abandonó las interpretaciones universales del desarrollo humano, y se dedicó a estudiar las acciones de los actores individuales y colectivos en forma concreta, buscando explicar la conducta humana a partir de su propia lógica, y tratando de comprender el cambio histórico a partir de sus propios desenvolvimientos, en tanto procesos humanos capaces de ser observados con los instrumentos analíticos creados por la inteligencia y el saber experimental.

Podría entonces decirse que la función social que se ha impuesto a la investigación histórica de nuestros días es hacer de su práctica un ejercicio razonado, crítico, inteligente y comprensivo. Es decir, se ha convertido en un estudio experimental, sometido a las reglas de la prueba y el error propias del conocimiento científico.

Aun cuando los historiadores de este siglo soñaron algunas veces equiparar el conocimiento histórico con el científico, después de experiencias desafortunadas acabaron por reconocer que la función de la historia no es producir conocimientos capaces de ser comprobados o refutados por los procedimientos de la ciencia experimental. A pesar de las diferencias de enfoques y prácticas que hoy oponen a los diversos historiadores y escuelas

5. Ibid, p. 16.

historiográficas, hay consenso en que el objetivo principal de la historia es la producción de conocimientos a través del ejercicio de la explicación razonada.

Con todo y las presiones que las ciencias experimentales han hecho sentir en el campo de la historia, los miembros de este oficio decidieron no cerrar las puertas a las experiencias que provienen del arte, los humanistas y el sentido común. Después de largos y a veces acalorados debates sobre los métodos científicos que conducen al conocimiento verdadero, los maestros del oficio proponen practicar con rigor unas cuantas reglas básicas. Entre ellas destaco las siguientes:

Ignorar a quienes quieren encerrar la historia en una rígida camisa de fuerza determinista, sea marxista, estructuralista o funcionalista. Evitar caer en las explicaciones monocausales. Alejarnos de las banalidades del anticuario que invierte su tiempo en el pasado por el sólo hecho de que ahí reposan datos cubiertos por el polvo del pasado. Rechazan los claustros y casilleros académicos que han dividido la historia en campos, áreas, disciplinas y especialidades que fragmentan la comprensión del desarrollo social.

Vincular la historia de la vida material, la historia social de la vida material, la historia social y la historia cultural con la historia política, con el análisis de las estructuras profundas del poder, uno de los campos del conocimiento histórico más descuidados en las últimas décadas. Restituir la vida de los seres humanos, tanto de los grandes como de los pequeños, a la historia de donde fueron expulsados por los *ismos* que se impusieron a lo largo de este siglo.⁶

Imponer, como normas esenciales de comunicación, la claridad en el lenguaje y la expresión. Combatir la tendencia que busca dividirnos en grupos cada vez más pequeños, especializados e incommunicados. Reivindicar, en fin, la función central de la historia en la explicación del desarrollo social. Quizá ésta se reduzca a mostrar, con la fuerza de datos fidedignos y de la explicación razonada, que la disciplina histórica produce conocimientos positivos que nos ayudan a comprender las conductas, las ideas y los legados de los seres humanos.

6. Lawrence Stone. "Una doble función. Las tareas en que se deben empeñar los historiadores en el futuro". *El País*. Madrid, jueves 29 de julio, 1993.